

crisis y decadencia irreversible. No fue posible publicar muchos números, pero los tres, y en especial Mora y Gorostiza, volverán a encontrarse y colaborarán intensamente en el exilio londinense. Desde mediados de 1823 hasta 1825, cuando se incorporase a su misión en Bruselas, Gorostiza colaboraría con Mora en todo cuanto éste emprendiera.

El repaso de las páginas de *El Constitucional* nos va a permitir conocer otra faceta de la actividad de Gorostiza, su defensa de las peticiones y posturas planteadas en las nuevas Cortes por los diputados americanos, especialmente los representantes de la Nueva España. Es muy probable que ya durante la primera época de las Cortes, tanto en Cádiz como en Madrid, Gorostiza tuviese la oportunidad de conocer a los diputados americanos, representantes de las provincias de ultramar, los primeros constitucionalistas de América, con quienes conversó y a quienes tuvo por amigos. Tal debió ser el caso de Ramos Arizpe, Michelena, Rocafuerte y algunos más.

Al reanudarse las Cortes en 1820, tras una fuerte presión popular, en la que Gorostiza y sus amigos de los Clubes tuvieron mucho que ver, reaparecieron por Madrid algunos viejos diputados y amigos. A ellos les ofreció Gorostiza las páginas de *El Constitucional* y en el periódico se publicaron algunas colaboraciones, notas y comentarios, sobre los problemas de la representación americana y de la rebelión de los «malos americanos», levantados contra España. Aquí, la doctrina constitucional volvía a ser clave para encontrar soluciones apropiadas al problema. «Apliquemos la Constitución plenamente, con todas sus consecuencias y desaparecerán las causas que han provocado el levantamiento.» Rey y Constitución seguían siendo panacea de todos los males.

Precisamente con motivo de la convocatoria de las Cortes volvió a Madrid Vicente Rocafuerte, ecuatoriano, personalidad liberal notabilísima, muy español y americano cien por cien, amigo de las figuras más importantes del liberalismo en América y Europa. Las sociedades secretas que dirigían el levantamiento en América buscaban una personalidad relevante, capaz de acercarse a España y de reconocer en profundidad las intenciones, las posibilidades y el alcance de los proyectos revolucionarios de 1820 y de las reformas y posibles aplicaciones de la Constitución. Ese hombre no podía ser otro que Rocafuerte, que conocía y trataba personalmente a la mayoría de los nuevos gobernantes.

Rocafuerte llegó a Madrid a comienzos de agosto de 1820, cuando ya había terminado el primer período de sesiones, en el que se habían discutido sin éxito las propuestas de los diputados americanos. Acababa de producirse la primera desilusión y existían posiciones contrapuestas en quienes habían llevado hasta entonces el peso de la discusión, Ramos Arizpe y Michelena entre ellos. El momento español, por otra parte, estaba plagado de incertidumbres y lleno de dificultades.

Rocafuerte buscó a Gorostiza, quien le puso en contacto con otros dirigentes del liberalismo español y le introdujo en los círculos y sociedades patrióticas, entonces en plena floración. En muy poco tiempo Rocafuerte se dio cuenta de la delicada situación del régimen, de sus graves y profundas contradicciones y del peligro que corría el recién inaugurado y endeble constitucionalismo peninsular.

Gorostiza había sido en estos primeros meses uno de los impulsores más decididos de las Sociedades Patrióticas, la del *Café de Lorenzini* en primer lugar, así como la que se ubicó en el famoso y conocido *Café de la Fontana de Oro*.

El *Café de Lorenzini* estaba situado en la Puerta del Sol y muy pronto fue lugar de encuentro de todo tipo de gentes que, de manera espontánea y natural, buscaban la forma de comunicarse, saber lo que pasaba, expresar sus opiniones y compartir emociones y propósitos. La liberalización espiritual y material a que estaban asistiendo les llevaba al mismo tiempo a intentar formas de organización, por muy primitivas que fuesen.

Las primeras Sociedades Patrióticas se instalaron mediante superposición en los cafés establecidos, formas naturales de convivencia y reunión. Al parecer, a ciertas horas del día, se fijaba la costumbre de que algunas personas, conocidas o no, habituales o no del lugar, se levantasen a pronunciar discursos, a recitar poesías, incluso a entonar canciones, siendo coreados, jaleados y aplaudidos, y con frecuencia estas intervenciones acababan en discusión y polémica, en un ambiente de permisividad y aliento liberal. Como estos hechos solían acabar en algarada, se hizo necesario introducir algunos elementos de control y autoorganización.

Los sucesivos jefes políticos de la ciudad siguieron con atención y preocupación el desarrollo de las nuevas sociedades, las dos a que me he referido arriba y una tercera, la de *La Cruz de Malta*, seguro centro de conspiraciones y disturbios, prontamente clausurada. La capacidad de autocontrol corría paralela a las mil artimañas y engaños que los habituales de los cafés empleaban para eludir la acción policial, y ni siquiera el intento de hacer que algunos concejales asistieran a sus sesiones impidió o alivió más que temporal y brevemente, el desarrollo de las acciones emprendidas.

Los cafés, tan frecuentados por Gorostiza, quien aparece con insistencia en todas las referencias documentales, fueron los núcleos iniciales de las organizaciones políticas embrionarias que se irían desarrollando a lo largo del primer tercio del siglo XIX y no solamente en Madrid, sino que se difundieron y extendieron como reguero de pólvora por todo el país. En el *Café Lorenzini*, pronto cerrado definitivamente, y en el de *La Fontana de Oro*, se prepararon todo tipo de acciones, se organizaron manifestaciones y algaradas, se redactaron manifiestos, se decidieron representaciones y presiones frente a las Cortes, el Ayuntamiento y la Casa Real. Allí se recibió a Riego, cuando éste se decidió finalmente a venir a Madrid, de paso para Galicia; en los cafés se discutían y seguían acaloradamente las sesiones de las Cortes, las actividades de los absolutistas, las incitaciones militares, los rumores de golpes, la ineficacia del Gabinete y las relaciones de los ministros con el Rey. En los cafés se analizaron pormenorizadamente las iniciativas y los proyectos sobre desamortización de bienes, la cuestión religiosa y todos los temas que se iban iniciando y discutiendo en las Cortes.

A lo largo del trienio vamos a seguir a Gorostiza en un protagonismo popular cada vez más evidente, siempre a la cabeza de las manifestaciones populares, como con ocasión del 7 de julio de 1821, momento culminante en el proceso de crisis a que se veía sometido el régimen constitucional. A la cabeza de los manifestantes, apareció en la Plaza de la Villa para exigir explicaciones y preguntar el por qué de la destitución de Riego y las nuevas orientaciones de la Corona. Entraba en crisis su confianza en el Rey y le resultaba cada vez más difícil aceptar la buena voluntad del Monarca y su disposición a gobernar en el marco de la Constitución.

Desconocemos con detalle el proceso político que siguió el ya no tan joven Gorostiza de estos años. Al parecer se mantuvo en la moderación y el equilibrio, cada vez más cerca, sin embargo, de los jóvenes cachorros del liberalismo, pero sin caer en los excesos de los grupos más violentos y predicando, en *La Fontana de Oro*, con insistencia digna de elogio, la calma, el sosiego, la razón y el entendimiento de las inmensas dificultades de todo proyecto transformador. Hay un dato interesante, tomado de sus discursos en *La Fontana*: se refiere a la primacía del elemento internacional en la cada vez más grave crisis del sistema.

Se trata de algo que denota su interés por la política internacional y la cercanía del seguimiento de la actualidad en Europa, gracias a su conocimiento de los idiomas y a sus contactos con amigos e intelectuales de otros países. Ve cada vez con mayor claridad la importancia de la presión extranjera y, en un momento dado, llevado por una increíble exaltación nacionalista, con la que se anticipa a Unamuno, exige, con energía y desenfado, que nos olvidemos de los extranjeros y que, si siguen empeñados en despreciar la realidad española, tendremos que devolver su ingratitud, cerrando las fronteras y negándoles nuestros productos.

Lo cierto es que en esta época, aparte del periodismo, fundamentalmente político, sus actuaciones públicas en las Sociedades Patrióticas, sus contactos con los diputados americanos, sus relaciones literarias y el ejercicio de la crítica y la frecuentación de sus amistades, como la del famoso Máiquez muerto en estos años, poco más sabemos de su vida familiar, las relaciones con su mujer y sus hijos, sus viajes por el extranjero, etcétera.

En un momento culminante de esta actividad, reaparecerá a mediados de 1822 como fundador de la Sociedad Landaburiana, una organización nueva que, en el proceso final del trienio, significó la exaltación y popularización de las estructuras de apoyo al liberalismo más radical. La sociedad, en homenaje al capitán Landaburu, muerto con motivo del levantamiento absolutista de El Pardo y el intento de asalto a Madrid, supuso la ruptura definitiva entre las dos ramas del liberalismo revolucionario, la que siguió estando dominada por las figuras más conocidas del constitucionalismo puro pero elitista y minoritario, y la facción más popular, integrada por ciudadanos de a pie, influidos por la tradición comunera castellana, que inicia en este momento una nueva andadura que se extenderá a lo largo de los años y dominará con sus esquemas complicados pero eficaces el futuro político de las décadas siguientes.

Fundador de la Sociedad Landaburiana, con Alcalá Galiano y Mejía entre otros, Gorostiza trató de llevar a ella el aliento moderado de siempre, pero sin conseguirlo. La Landaburiana tuvo una vida corta, agitada y densa, hasta desaparecer con la llegada de los franceses, la dispersión consiguiente y el paso a la clandestinidad comunera de la mayoría de sus cuadros.

Con la derrota del régimen, al producirse el paseo militar de los «Cien mil hijos de San Luis», el destino de Manuel Eduardo de Gorostiza inicia otro nuevo proceso de cambio, que le va a llevar a la toma de importantes decisiones. en primer lugar, el exilio en Londres, siguiendo con ello el mismo camino de la mayoría de sus amigos y sus mejores colaboradores.